

yo tal vez he vivido para reconocer aquello de la vida que se ofrece llegando desde el sueño

o

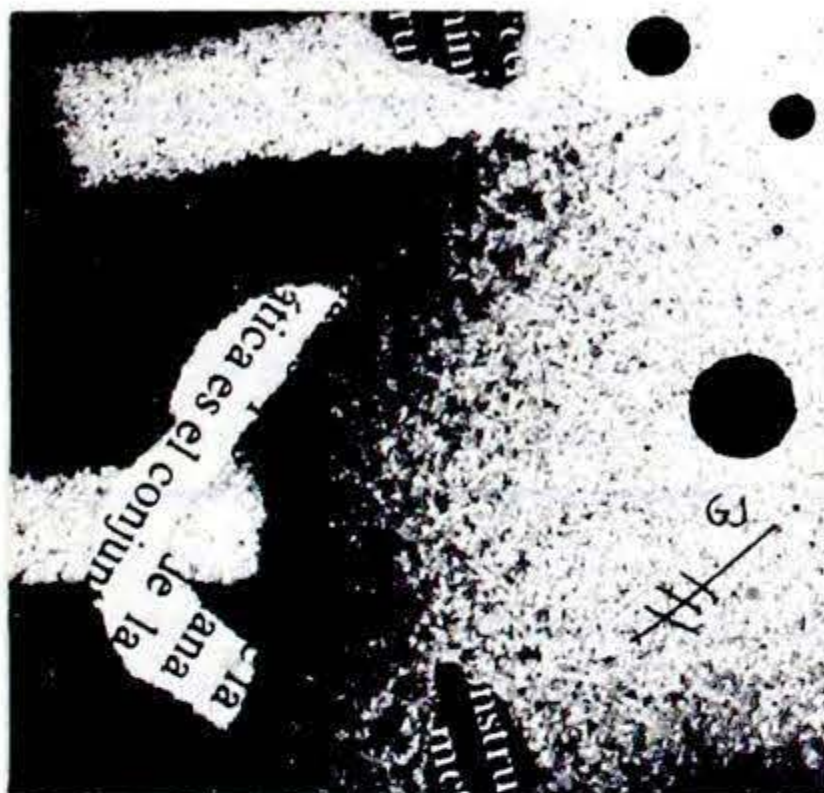
No comprendo en esta fe que me sostiene de combate en combate, con la seguridad de que otro que soy yo bajo otras lunas al fin vendrá por mí, conducido por otro que seré, a darme dulce muerte

[Ulises, pág. 13]

Pero no sólo son los personajes quienes mantienen esa condición irrevocable de la errancia. También los sentimientos. El poema se alzaré, y en un momento se unirá aquello que era imposible con lo posible, por el solo artificio de su palabra, como el gusano que con su seda va envolviendo suavemente hasta cubrir del todo los palos de la horqueta.

En recuperar y en perder, en situar, se va dibujando página a página la aspiración que se tiene de tocar algo perpetuamente en fuga, para crear una *Fábrica de sombras*.

RAMÓN COTE BARAIBAR



Dos países

País secreto

Juan Manuel Roca,

Ediciones El Caballero Mateo, Bogotá, 1987, 87 págs.

Acceder a *País secreto* no supone entrar, si se lo sitúa en el contexto de

la producción de Juan Manuel Roca, en un mundo desconocido. Algunos de estos poemas ya habían sido incluidos en su *Antología poética* (Bogotá, Félix Burgos, 1983) y en el conjunto se percibe el sello de la obra que lo precede: recurrencia a ciertos motivos y creación de determinadas atmósferas. Pero detenerse en este libro implica también asistir a un viraje cualitativo en el tono de su poesía; viraje que se intentará explorar, con la certeza de lo limitante que es tratar de describir un objeto cuya naturaleza es inaprehensible. La poesía de Roca se ofrece más a la percepción que a la descripción.

Atendiendo a la obra completa de este autor, cabe señalar que su mundo poético se estructura a partir de la creación de espacios. Sin duda habrá quien considere que tal afirmación puede hacerse acerca de cualquier poeta; sin embargo, estamos hablando aquí de la primacía de ciertas imágenes y temas en una obra poética. Según este criterio, es posible caracterizar como el mundo de los objetos al de las *Odas elementales* y al de *Residencia en la tierra* de Neruda, o referirse a *Cántico* de Jorge Guillén como universo poético que se estructura en la hora meridiana, momento en el cual las formas hallan su conclusión y perfección. Así, en lo que concierne a la obra de Roca, cabe hablar de la creación de dos espacios a través de cuyas fronteras transita el yo lírico, en un movimiento necesario para su supervivencia.

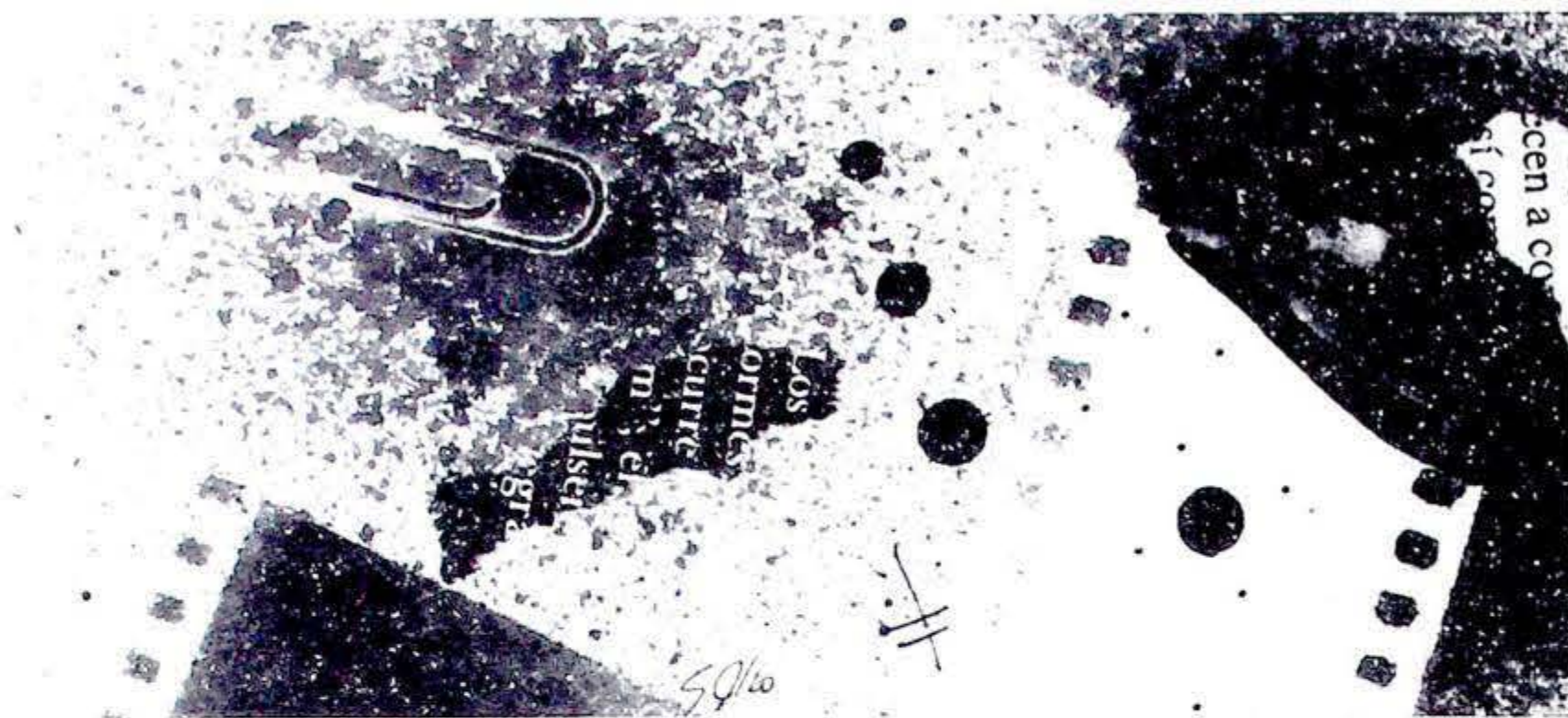
Designar estas instancias como "el sueño" y "la realidad" es reducirlas a términos unidimensionales y, además, desvincularlas de su raíz primordial: el acto de poetizar. Por ello, en una aproximación inicial, el primer espacio puede llamarse (haciendo un caíco de las palabras del poeta) "país secreto"; para el segundo, aún no hay nombre: es también secreto, o mejor, oculto, poblado de presencias y silencios amenazantes. Dejando en suspenso el término *realidad*, en las líneas subsiguientes se intentará, más bien, trazar el perfil de estas dos dimensiones.

En la obra anterior a *País secreto*, se crea una atmósfera en la que las imágenes propenden hacia lo irreal:

hacia lo remoto en el tiempo, hacia lo desrealizado a través de alusiones y metáforas fantásticas o fantasmagóricas. La magia y el hechizo, los guerreros medievales y los espacios misteriosos constituyen este paisaje; jinetes de espuelas estrelladas cuyos brillantes caballos "orinan bajo un reguero de estrellas" (*Noche fragmentada*, *Antología* 81). Este plano alucinante tiene su raíz en el ejercicio de la imaginación poética: a través de ella, el poeta se halla en un estadio onírico que genera el poema.

La función desrealizadora no se opera necesariamente mediante la incorporación de contenidos fantásticos. A veces, surge de secuencias cuyos elementos se niegan a sí mismos, en tanto que un término es incompatible, en un nivel lógico, con el subsiguiente: "En el patio se pulsa una música *sin tiempo*... *El silencio golpea* la ventana" (*Huida*, *Ant.* 12; los subrayados son míos). En otros casos, se poetiza partiendo de la irrealidad; se crea a partir de la ausencia: "El brazo-inexistente que aún/ le duele al mutilado,/ El calor de un cuerpo/ Abandonado en un asiento:/ La persistencia de las formas ausentes" (*Las lluvias anuncian*, *Ant.* 30). Pero el motivo que con mayor insistencia aparece en la poesía de Roca, y que es además su fuente generadora, es el sueño; el sueño es un espacio que explora constantemente y en el cual se interna en cualquier momento del poema: "Los trenes... Dibujan oscuros trazos... Alguien/ Hace el cambio de agujas en el muelle: Entonces entran/ al túnel de mis sueños" (*Trenes*, *Ant.* 24).

Es precisamente este plano de la ensoñación el que está en peligro en el reciente libro de Juan Manuel; la capacidad desrealizadora del yo lírico empieza a ser desplazada por formas concretas y dolorosas; en consecuencia, su tono no es ya el del alucinado sino el del herido: "Me pregunta usted dulce señora/ Qué veo en estos días a este lado del mar./ Me habitan las calles de este país/ para usted desconocido,/ Estas calles donde pasear es hacer un/ largo viaje por la llaga" (*Una carta rumbo a Gales*, *P.S.* 11). Este país ya estaba presente en *Luna*



de ciegos (1974), donde se percibe como un lugar "que no perdona la risa de los niños" y en el cual la palabra poética está amenazada de muerte ("Mis deudos jugueteaban con un violín prestado", *Ant.* 35); allí, la *Señal de cuervos* (1979) anuncia la hora del horror en que los cadáveres bajan por los ríos (*Ant.* 105). Este imperio del miedo y de la amenaza oculta —"el odio es un tajo en el silencio de las calles"— invade el último libro de Roca y se condensa en un conglomerado de imágenes agoreras: sombras, árboles de cuchillos, alcaravanes que cruzan los sueños. Siguiendo la ruta que trazan los nombres de los poemas, es caracterizado a veces como un país salvaje, otras como un país de fuego, otras como el país de los ausentes.

Se trata de un país contrastivo donde hay palmeras cantoras, orquídeas y hombres torturados; donde el código de la ciudad es el de signos de peligro y sólo puede enfrentarse con un cántaro de ron adentro. La mayor amenaza es que este país oscuro transgrede sus límites y atenta contra el país de la ensoñación poética: "Y cuando llega la noche o entro en el sueño como un tren que me saca de un país oscuro, pienso si algún oculto guardián decidiera aplicarme la ley de fuga de los sueños" (*Lista negra*, P.S. 15). Y de esta violencia hay culpables; el poeta, como un demente profético, los hace objeto de su ironía y su desprecio. Ya en *Señal de cuervos* se había pronunciado contra ellos, puesto que son los "tranquilos", los "pulcros caballeros" quienes instauran el reinado del miedo (*Flor del*

humillado, *Ant.* 107); los mismos que desde salones y palacios organizan "la caza de brujas" (*País de fuego*, P.S. 62).

La referencia a Colombia o a Beirut o, extendiendo el espectro), a cualquier historia de terror actual, es una constante en esta obra. Aun cuando la denuncia es una de sus características, tal hecho no afecta la calidad de los poemas; el tono documental y panfletario se anula tanto por la capacidad de metaforizar la realidad, de transformarla poéticamente y conferirle una entidad autónoma, como por el tipo de búsqueda que emprende el yo lírico. Este intenta rescatar los rasgos míticos y vivos de este país gobernado por muertos; trata de rescatar a los ausentes —los otros muertos—; quiere salvar a la poesía, preservar de la ruina al país secreto. El movimiento de rescate se evidencia en la posición que asume el yo lírico frente a su expresión: ella es una forma de llamado, incluso algunos de los poemas suponen un interlocutor implícito. La poesía es un mensaje de S.O.S. que, pese al tono desesperanzado, continúa emitiéndose: *Carta del incierto*, *Botellas de naufragio*, *Carta en el buzón del viento*, *Una carta rumbo a Gales*.

Al iniciarse esta reseña se hizo referencia a los dos espacios que hasta acá se han explorado. A ellos corresponden también dos tipos de discurso que se entrelazan en los poemas. El uno, fluye por los cauces del discurso oficial represivo y se advierte en la sola enumeración de los títulos de algunos poemas: *Toque de queda*, *Lista negra*, *Parte de guerra*, *El otro*,

es el discurso poético que filtra la referencia directa, la denuncia desnuda; los primeros versos de *Parte de guerra* ilustran la manera intrincada en que éstos avanzan: "No doy parte de un caballo con crines de nieve / Agitada nube por calles del poema. / Ni del arisco venado, sus ojos de miel y de tisana. / La guerra, caballo muerto con jinetes de ceniza, / Hunde su negro hocico en los resquicios del sueño" (P.S. 13). Es la presencia de la imaginación poética, la posibilidad de un "país sin mapa" la que permite este constante viaje entre la realidad concreta y la realidad del poema. A este país de sueños se accede mediante un pase de magia, a través de un ademán poético: "Lo convoco... país secreto donde no cruza el tren del desconsuelo... país del nuevo viento: un contrabando de sueños cruza todas las noches sus fronteras" (*País secreto*, P.S. 63).

Existe también en la presencia femenina un refugio donde el poeta busca amparo; este miembro de una generación "provisoria y desgarrada" acude a ella para mitigar el temor de su siglo: "para vencer el miedo, mujer, mejor que un talismán está tu voz, el caserío de tu voz al que acudo en plena noche" (*De la mujer que lava el agua*, P.S. 77). El poeta, animal saeteado, busca nutrirse de fuentes positivas que le mantengan vivo para proteger su territorio de sueños, su país secreto.

ALICIA FAJARDO M.

"Mil y una sonrisas"

Relatos de tierra fría

Enrique Caballero Escobar,

El Ancora, Bogotá, 1981, 127 págs.

En un país donde los alegatos jurídicos, la violencia, los problemas tributarios y la inalterabilidad del poder parecen ser el propósito nacional, Enrique Caballero Escobar ha preferido quebrantar ese destino exorci-